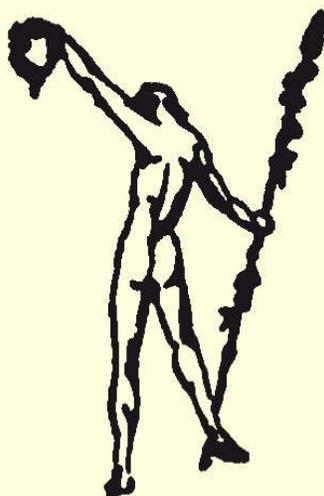


MAGDALENA CAMARGO LEMIESZEK

LA DONCELLA
SIN MANOS



ADONÁIS

649

EDICIONES RIALP, S. A.

Madrid

LA DONCELLA SIN MANOS

Un jurado compuesto por
Eloy Sánchez Rosillo, Carmelo Guillén Acosta,
Julio Martínez Mesanza, Joaquín Benito de Lucas
y Enrique García-Máiquez

concedió a este libro
un ACCÉSIT del PREMIO ADONÁIS 2015

MAGDALENA CAMARGO LEMIESZEK

LA DONCELLA SIN MANOS



ADONÁIS

649

EDICIONES RIALP, S. A.

Madrid

© 2016 *by* Magdalena Camargo Lemieszek
© 2016 de la presente edición, *by*
EDICIONES RIALP, S.A. - Colombia 63 - 28016 Madrid
ISBN: 978-84-321-4635-0
ePub producido por Anzos, S. L.

I

LA DONCELLA SIN MANOS

Padre, aquí están mis manos.
Yacen sobre la hierba, inertes,
como si no hubiesen conocido movimiento.
Como si nunca hubiesen estado unidas a mi cuerpo,
nacido conmigo, sostenido una piedra
y aplastado, con esa misma piedra, los caracoles del jardín,
o dibujado figuras en la nieve
cuando mi boca no había conocido todavía las palabras.

Ya no las reconozco.
Podría decir, incluso, que nunca fueron mías.

Ahora se hace tarde. El sol se oculta
del lado opuesto al acostumbrado,
no busca la montaña.
Se dirige lentamente al bosque,
dejándose caer sobre las ramas,
y la tierra tiembla
porque las raíces se agitan con violencia,
presintiendo la música del incendio,
la imagen del bosque encendido como una hoguera que brilla para nadie,
y el fuego danzando como el oficiante de un rito
cuya cadencia alguna vez conocimos,
pero ya hemos olvidado.

Y sin que una sola hoja arda
el sol se hunde hasta posarse en la tierra,
como si el fuego hubiese perdido toda consistencia,
y como una fruta que dividimos con las manos
el sol se abre
y la luz es un licor viscoso
y desde la semilla surge la silueta de un hombre
sin rostro y sin sombra.
Solo un contorno oscuro que deambula para recobrar lo que ha perdido.

Y sé, así como la criatura que intuye el aliento de la fiera oculto tras la fronda,
que soy la presa y el tesoro.
Y vendrá aquella silueta y se detendrá frente a mí
y me tenderá su mano para llevarme consigo.

Y yo devolveré el gesto, olvidando por completo el peso del acero,
las amapolas que brillan a mi lado,
y que me pertenecen esas manos que yacen,
inertes,
en la hierba.

APARICIÓN DE NIX EN EL BOSQUE

Un musgo bermejo ha cubierto la silueta del bosque.
El romero reverdece
y sus hojas se afilan como agujas de esmeralda.
En la rama del sauco la noche es un mirlo
y de su trino algo se derrama,
desciende como una gota
y luego de la gota surge la serpiente,
que se arrastra en el temblor de su plumaje
y sobre el corazón que late como una granada brevísima y madura.
Sigue descendiendo, hiedra transparente,
el sereno va esmerilando sus contornos
y justo en el momento previo a la caída
es una perla de canto que se hace fruto,
un péndulo de sangre
que crece
y se hace más dulce con la niebla.

CONVERSACIÓN CON DAMA QUE RECOGE SETAS EN EL BOSQUE

En mi país la tristeza es un pájaro negro que uno se bebe.
Se le mira primero en el vaso,
un círculo de líquido oscuro e inmóvil,
es un impulso lejano el que mueve tu mano,
casi un hilo que puedes distinguir brillando en el aire.
El cristal se te antoja frío al rozarte los labios,
como un dedo húmedo que con su gesto llama al silencio.
Ya en el paladar sientes el líquido más espeso,
y pesa tanto que crees, por un momento, perder el equilibrio,
inclinás la cabeza hacia atrás
y el cielo está ahí, incontenible, más abisal que nunca.
No es un trago amargo, como algunos dicen,
es una miel salobre que recuerda al oleaje del mar
que danza siempre llamando a las tormentas.
Ya en la garganta adivinas que va tomando su forma
y para cuando llega al pecho es una avecilla negra
y su fino plumaje tienen ese resplandor siniestro
de la luz que florece sobre las navajas.

El pájaro se posará sobre un ligamento o una vena
y ejecutará, como un doloroso bautizo,
un canto breve que no llegarás a oír
porque se dejará caer como un guijarro en la corriente.
Desde entonces algunas noches soñarás
con una torre blanca junto a la costa
y el océano será blanco también
porque la luna alargó su mano para tocarlo.
Soñarás con máscaras terribles
que te hablarán en otra lengua
que te resultará desconocida pero al mismo tiempo tan propia
como si tú la hubieses inventado.
Y sabrás lo que te dicen.
Y harás lo que te ordenan.

Aquella música irá poblando tu pecho,
construyendo una majestuosa ciudad,
mineral y umbría.
Andarás más lento
y observarás el musgo que crece sobre las ramas con cierta nostalgia

y al ver los faros creerás que alguien te está llamando
y te afligirá no saber quién,
por qué,
a dónde.

La gente dirá, con cierto desdén, que has enfermado,
se alejarán uno a uno, como los animales que se esconden,
buscando cobijo en el invierno
y no reconocen la belleza en la nieve
ni en los árboles desnudos
que parecieran haber invertido sus raíces,
ansiosos de crecer desde la tierra del mismo modo que del aire.
Dirán también que te miras distinto
y ciertamente al buscarte en el espejo
sentirás que al otro lado hay una sombra,
y que no puedes distinguir los rasgos de su rostro.

Para entonces la ciudad tendrá también sus habitantes.
Ellos se alimentarán de ti,
darán de comer a sus hijos la médula
que sostiene la columna de tus vértebras,
una sustancia vertical que a su vez engordará su hambre.
Te conocerán, mejor de lo que te conoce nadie.
Conversarás con ellos algunas noches
sobre el ritmo en el que los campos de amapola se recuestan con la brisa,
y aquel ciervo que miraste en el sendero
y viste alejarse lentamente hacia la espesura
llevándose algo de ti dentro de sus ojos,
y aquel campanario desde donde veías volar a las palomas,
como un último manojito de promesas.

Vendrá el momento en el que el canto del pájaro se hará liviano
y por primera vez llegará a tus oídos.
El peso de la ciudad con sus murallas te resultará ominoso
y decidirás que has tenido suficiente.
Escogerás en el calendario un día propicio,
que tenga oculto algún significado.
Pasarás los siguientes años fabricando con esmero
una nave digna, infalible, capaz de sortear tiempos menos favorables.
Y te acostarás a dormir, cada noche,
esperando la llegada
de ese día.

HISTORIA DEL MARINERO VARADO EN LA MONTAÑA

Una tormenta tomó la barca con las manos
y la arrojó a un monte tan alto y tan lejos de las aguas
que diez vidas hubiese tomado al marinero
siquiera adivinar la línea de la costa con sus ojos.
Inconsolable, el hombre se hizo una casa con los restos de su bote,
un lecho digno con las velas rasgadas,
guardó el mástil para su pila funeraria,
olvidó su fecha y lugar de nacimiento,
cambió de nombre
y enterró bajo la casa cada uno de sus mapas.

El marinero decía que la tierra
no era más que un reflejo imperfecto de los mares,
un caballo de oropel,
fruto del aburrimiento de dios,
quien, serpenteando sobre el piélago adamantino,
hundió su brazo de fuego entre corales
y arrancó, como una rama,
una blanca costilla del océano,
la lanzó sobre el perfil del horizonte
y de su peso surgieron llanos y montañas,
el sinuoso contorno de los continentes,
y el racimo apretado y negro de los valles.
Tanto añoraba la tierra el día de su origen,
que se agrietó con el torrente impetuoso de los ríos
y abrió su propia carne con los lagos.
Y la tierra dio luz al viento,
moldeado como una alegoría al mar y sus corrientes,
moneda de dulzura
y tempestad.

Por eso la hierba de los campos es el margen de los vientos,
y el polvo es una arena demasiado liviana
y el ramaje de los bosques, una anémona enferma,
y las piedras que caen por los desfiladeros,
caracoles que cantan el oleaje de las sombras.

LA PLAZA

Quién esparcirá cal en las paredes de esta casa.
Quién, con sus propios dedos, con sus propias manos,
tallará el albor sobre la piedra.
Quién será capaz de pronunciar una palabra
y crear de su sonido la blancura.
Quién construirá para mí el azar de sus ventanas,
la ruptura del orden y las líneas,
el cristal pálido y sucio ocultando las espinas de los cactus.
Quién señalará para mí la barda plateada,
la gente apretada contra el límite,
casi los unos encima de los otros
y tras el cerco, oculto,
pero magnificado en su certeza,
un toro cuyo pelambre ha de ser como la tierra
tocada por primera vez con la llama del incendio,
y sus músculos, delineados con rigor desde la noche,
y su sudor, ¿Quién ha visto acaso la lluvia
resbalando por el tronco de los árboles?
y sus cuernos turbios, como un hueso triste
que se alarga y se adelgaza hasta fundirse con el aire,
es la punta de una flecha,
o un llamado fraguado desde el bronce.
No puedo verle entre la gente.
No puedo oír sus pezuñas contra el polvo,
pero para qué serviría una barda tan hermosa
si no es para contener la sangre
y la belleza.

LA PARTIDA

a C.

Vienes.

Caminas lento hacia la plaza
y escuchas a lo lejos el anuncio
de las olas que vuelven a iniciar su círculo
como un extraño nombre que se repite
para florecer en la tormenta.

El fruto madura duplicado en la superficie del agua
cayendo solo en el reflejo,
balanceándose, todavía, en la rama.

Contemplas la noche ondeando violentamente,
casi a punto de rasgarse
y arrojar el filo de las estrellas sobre
el oscuro rostro de los montes.

No estás solo. Fumas.

Distingues en el horizonte la bruma luminosa del humo,
el brillo ambarino y oscilante de la hoguera,
los labios entreabiertos
revelando esa brevedad propia del destello
y el temblor hundiéndose en la carne.

Grabas en la roca de la cueva un ícono nuevo
para ilustrar el suavísimo tacto de la lluvia.

Posees.

Y no te has dado cuenta, pero ahora en una mano llevas
una cuerda que no conoce nudo,
y sostienes en la otra las fauces del cuchillo.

Es. Arde.

Has vencido.

Y para ti han arrancado los ojos de la fiera
y con ellos todo el mundo y la tierra que alumbraron
y el deseo de vivir
agrandándose en el pecho de la presa.

COORDENADA

En mí se va trazando la parábola de ese círculo
que invoca lo lejano,
lo perpetuo.

Los académicos, ignorando la plenitud del símbolo,
llamaron a esa línea hemisferio.

Yo he creído siempre que el mismo ser que señaló por primera vez el límite
fue quien, poniendo su mano en la mía,
abrió las marcas en las que algunos dicen ver
la hechura del destino.

Tú, en cambio,
has venido desde el sur.
Tu viaje ha sido largo.
Hace más de veinte años que partiste.
Y si yo, a quien ha sido otorgado
el poder de nombrar las cosas
y de soplar dentro del nombre
un aliento cercanísimo a la vida,
acaso un poco más oscuro,
una copia al fin, una copia de la vida.
Y si yo fuese una x en el mapa.
Porque esa x tiene poco de tesoro
y mucho de peligro
y si soy el puerto que se hace visible
solo por las noches,
y soy la estación de donde
solo parte el pasajero,
soy también un mar de luces rojas
que alumbran el fierro húmedo del ancla
e insomnes te revelan que
es posible escoger un día,
incluso sin saberlo,
y romper el mapa
y decir en voz alta
que acaso solo por ahora,
acaso apenas en el curso de este instante,
el viaje ha terminado.

LA BARCA

Remamos,
aun en la sutil corriente.
Tu dedo señala para mí
la figura de esas constelaciones
cuyo nombre no conozco
y el Tatra oculto en la distancia,
soplando dentro de nosotros sin que lo sepamos
como el vidrio que desconoce
la forma que dispondrá para él
el artesano.

Repites para mí
que nuestro lenguaje es el de las hojas
que se mueven con la brisa:
una misteriosa flauta oculta en la pradera,
cuya melodía se posa sobre el trigo
y lo pliega suavemente,
madurándolo,
preparando su tallo para el filo.
En mí todavía la imagen de cientos de libélulas azules
posándose sobre nuestras rodillas,
agitando la quietud del junco
que puebla el indivisible margen,
y el cisne nadando frente a nosotros,
sucio y solo,
volteando cada tanto
para vernos a los ojos.

Lo siento, no te he mostrado nada.
Nada,
salvo un manojo de frío.

Y ahora penetra como en la noche
el tiernísimo eco donde una y otra vez
dices para mí:
no tengas miedo.

RETRATO DE LA COSTA

Rara vez contemplamos al mar vencido de tal modo por la calma.
Hubo una época, cuando las olas poseían dimensiones absurdas,
y el mar crecía siempre agitado, siempre más convulso.
Pero ahora la línea del agua se extiende perfecta,
casi inalterada por la oscilación del oleaje, sugiriendo la infinitud.
Podría caminar por horas, mar adentro,
y el agua no se levantaría por encima de mis muslos.

Un espectro dorado se detiene en la silueta de las cosas.
Los objetos han adquirido también un rumor sombrío y pardo,
pero al mismo tiempo persiste un instante de fulminante claridad,
que alumbra todo con belleza.
Cierta letargo viene apoderándose del mundo,
y una inmensa bandada de pájaros negros atraviesa el cielo vacío de nubes,
tan lentamente que la altura parece haberse espesado,
de modo que se distingue el trazo de la graciosa caligrafía del vuelo,
el siseo de las alas venciendo parsimoniosamente la inmovilidad.

Entonces hubo para nosotros un repentino resplandor.
Pensamos que se trataba de una semilla consumida por las llamas.
Era grande, como dos manos que yacen juntas,
y estaba teñido de un rojo brillante.
Nos preguntamos qué árbol daría semejante fruto.
Vimos con asombro cómo las olas lo cubrían y seguía ardiendo bajo el agua
y la espuma,
y cuando el mar retrocedía quedaba nuevamente al descubierto la flama,
que permanecía intacta y viva,
como un pétalo granate que ondeaba con pureza,
de pronto más encendido,
de pronto más umbrío,
iluminando con esa danza nuestros rostros.

Y como dos niños que descubren un pez muerto en la arena,
alucinados en igual medida por la muerte que por la criatura,
nos quedamos contemplando un trozo de destino
que ha sido maravillosamente tomado por el fuego.

LA CARAVANA

La arena es blanca y tan delgada que apenas nos sostiene,
las dunas silban a medida que el horizonte se deshace
y a lo lejos alcanzamos a ver un negro collar que serpentea
encima de lo incierto,
es aquella caravana de la que hablan las canciones.
Una cordillera de hombres,
un mar de montañas que se mueve.
No es posible atravesarla.
Muchos perdieron su vida tratando de llegar a sus extremos.
Llevan cuernos del tamaño de una isla,
el olor de los tambores que han sido tensados hace poco
y cestos repletos de esos frutos
que fueron cubiertos por un raro rocío incapaz de evaporarse,
y en cuyos bocados late una dicha falsa
por la que hay algunos capaces de ofrecer toda su fortuna.

Si seguimos hacia el Este podremos ver a las ballenas
asomar el azul cobalto de sus lomos
y dejar brotes de un líquen venenoso en las orillas.
Vendrán los bosques que se levantaron más allá de los pantanos
y volveremos a recoger setas todas las mañanas,
y las crías del bisonte pastarán a nuestro lado
y desde entonces no veremos en la niebla otra cosa
que la repetición de sus alientos en el frío.

EL LLAMADO

He soñado con esa ciudad que solo aparece si se nombra
cuando hay sobre las lenguas cierta fiebre.

Veo flamear a lo lejos sus largos estandartes
y las veletas de las torres que incesantemente giran
porque sus habitantes arrebataron de sus cimientos los límites del mundo.

Tras sus murallas los niños beben una leche amarga que brota de los árboles
y los halcones abren sus alas para dar sombra en los jardines.

Las mujeres hacen largos viajes y perforan cientos de agujeros en el hielo
mientras la brisa parece dar nueva vida
al cardumen de arenques que llevan bordado en la delicada fibra del vestido.
Solo entonces dejan caer sus anzuelos en el alba.

En sus casas hay un amuleto que ahora también cuelga de mi puerta,
para que nunca olvidemos que todos los hombres
llevan los ríos de la guerra
inundando el fondo de sus cuerpos.

A PROPÓSITO DE LA DERROTA

Hemos partido antes del alba
y aún no ha habido freno
que sacuda la escarcha de las riendas.
La niebla nos pesa en la montura
y el amanecer se vuelve más
denso con el aliento de las bestias.
Atrás quedó hace tiempo
el fango que se había adherido
a nuestras botas,
y el campamento donde fingimos
reír por habernos librado de la muerte.
Anoche afilamos las armas junto al fuego,
y lavamos la sangre que llevamos,
secándose, en el rostro.
Sobre los metales se alternaba el reflejo del vino
corriendo por la barba de los hombres,
y sus cantos graves como el eco
de las primeras oraciones entonadas dentro de la cueva,
y el oráculo señalando el curso de la estrella,
repitiendo que, sin importar la naturaleza del deseo,
ya se yergue frente a nosotros la sentencia.

Pero hemos despertado borrando aquel círculo
que nosotros mismos habíamos dibujado sobre el polvo,
aquel que incluso algunos,
algunos pocos entendimos.
Porque no hay otro ritual para ponerse la armadura,
porque no hay otra raíz
para calmar la sed en el camino.

Y qué importa si al cerrar los ojos
vemos rodar nuestra propia cabeza
sobre el pasto de la estepa.

Porque, sin importar lo que creímos,
ese instante fue siempre el único que genuinamente poseímos.
Solo somos realmente nosotros,
solo nos consumamos,
el día que partimos.

No pertenece a más nadie
la derrota.

EL ASEDIO

Recuerdo la lechuza acurrucada en la hojarasca,
gris como una caracola creciendo desde el humo.
Y el pino negro, erguido como un dios
que reconoce en la sombra su grandeza.
Todavía mis ojos estaban contruidos sobre el miedo,
una muralla circular que aparta el frío de la piedra,
como la aleta aparta el agua,
como el pétalo aparta la luz.
Y, abiertos, son la puerta de una ciudad indefendible,
aquella puerta más al norte
que el enemigo ha abierto con sigilo
para dejar entrar la sangre templada en el acero,
y el rastro de serpientes de pólvora larguísimas.
Y luego lanzas, trazadas como una línea sobre el vértigo,
jinetes infinitos, unida la crin, la rienda,
y la espuma en el morro del caballo,
como una única nube sobre el cielo.
Hombres, como una sola tea
que se ha dejado caer sobre la hierba.
Hombres, cientos de hombres
y sus cotas de malla brillando,
inventando un nuevo firmamento,
que arde enrojecido,
todavía más terrible y doloroso.

CERTEZA

Ahora que las raíces se alzan en la noche por encima de las aguas,
aguardo la flor que nunca pondrás en mi mano.

Y aun cuando he vuelto
a mirar aquel cajón repleto de botones rojos,
y la triste longitud de las agujas
y he vuelto a oír mi nombre apenas colocado en tu boca,
como una piedra apretada contra otra piedra,
a la expectativa del derrumbe.
Y me he aferrado con fuerza a la ventana
y he buscado el faro,
cuerda misteriosa en la desolación de los abismos.
Solo persiste la certeza de las olas,
su perfecta sincronía
y el resplandor de la tormenta,
como un árbol de luz en medio de los campos,
siempre sin pájaros ni frutos.

Es verdad, también,
que aun en la tempestad estamos solos.

Llueve, y se me antoja que tu amor es como un anillo
que resulta demasiado grande
o demasiado pequeño entre mis dedos.

II

EL ANTIFAZ

He vuelto a la misma casa.
Sobre la cama de aquellos años
he hundido mis manos en el sueño,
he hablado el lenguaje de la noche
y la muerte ha venido a mi lado,
se ha puesto de rodillas
y lentamente va desatando los nudos que unen su máscara a su rostro,
siete lazos dulces y finos, casi transparentes, casi fundidos con su pelo.

Qué máscara tan limpia y tan triste,
tan ajena a toda lágrima, a todo sudor,
a toda herida alguna vez hecha por el hombre.
Yo sé que sonrío bajo el nácar argentino
y que incluso me hablará
cuando su velo caiga como un pétalo sobre sus muslos.
Mirándome con el rostro descubierto,
tomará de su diestra la primera costilla
y la sembrará en mi pecho,
médula incorruptible e infinita.
Luego me contará la parábola de aquella mujer
que esperó muchos años en una torre,
rogando a dios para que cambiara sus dos ojos por estrellas,
pero por más que la mujer lloró hasta vaciarse
y ofrendó su belleza en la sucesión de los inviernos,
dios no se apiadó de ella.

Entonces la muerte volverá a ocultar su rostro
y la soledad de la casa se volcará sobre mi cuerpo.

Ella me ha dicho
que he de volver al mundo
y he de habitar el fuego.

CARTA EN LA DISTANCIA

Como si se tratase de una colmena, el sol se agita en el aire.
Desde él se lanzan al vuelo cientos de gaviotas.
No nos es dado escucharlo,
pero la bandada emite con puntualidad
un exquisito zumbido.
Bajo el agua la corriente del sur se aferra a mis tobillos
y, con la precisión de un reloj, viene a mí ése momento del día,
ése que es uno solo en medio de muchos.
Uno en el que nos es dado ver lo diminutos que somos.

Muy pocas veces nos detenemos en él,
tomándolo tras entenderlo colgando en esa rama
que está al alcance de la mano.
Aun así, cada día, llega un punto en el ocaso
cuando al sol le toma apenas unos segundos,
un instante penosamente inútil,
desaparecer en el horizonte.

¿No es acaso más grande que nosotros la verdad?

Y de todos los caminos quizás ninguno es más nuestro
que aquel que se descubre en ese último minuto
en el que nos es dado ver el recorrido del sol.
El último, por ese día.
Eso es aquella luz ardiendo.
Primero esfera, luego puente, cuerda, onda.
Aquello, volviéndose.
Primero fuego, luego dios, símbolo, astro.
Arrojándose al regreso,
a ese abismo al que los antiguos otorgaron el nombre
de eternidad.

BREVE PLEGARIA CONTRA EL OLVIDO

Y sobre el signo otro signo
y sobre el símbolo una piedra.
Colocaré con ella la incertidumbre de aquello que se oculta
tras los muros,
el constante flujo de la sangre,
también la alegoría de la torre y la montaña,
aun el libro aquel que predice la altura del oleaje
y aquello que solo es
porque yace en lo profundo.
En ella habrá siempre un débil gesto que se aleja del olvido,
un gesto apenas,
porque carece de armas la memoria.

EL FARO

Por aquel sendero angosto, rodeado por las zarzas,
llego andando hasta el faro.
En otro tiempo me hubiesen traído de vuelta las señales,
pero las señales hace mucho que cesaron.
Conozco bien el pomo gastado de la puerta,
el número exacto de escalones
y al frío que en algunas temporadas construye sus nidos en la piedra.
Contemplo a la luz arrojarse una y otra vez sobre las aguas,
como si un hombre saltase desde un puente
con la certeza de que al hundirse en la corriente
volverá a estar de pie en el borde de la altura.
Y aun así saltase, saltase,
y saltase,
con una sonrisa triste templada sobre el rostro.

Frente a mí, el mar revolviendo las vísceras del mundo.
De muy lejos llega la melodía de las hojas,
los dedos de la noche jugando con las cuerdas.
No sé por qué me trae la memoria la historia de aquel hombre
que tuvo el deseo de domesticar la hierba,
ordenar a un campo entero tenderse encima de la tierra,
solo con pronunciar una palabra.
Semejantes dones son raros,
pero para algunos pocos son posibles,
y hay quien ignora que la belleza no crece en lo carente de dolor.

Imagino al hombre, muchos años después,
temblando en la negrura de la cueva.
Empuñando la tea, como si en ese trazo de fuego
quedase el último pedazo de su vida.
Su mano hurgando en la garganta de la bestia,
la sangre corriéndole hasta el torso
y el don latiendo, ya al contacto de sus dedos,
y las fauces, brillando,
a punto de cerrarse.

CARTA HACIA EL FRENTE

La niebla volvió hace unos días.
Se sentó junto al lago, como de costumbre.
Contaba juncos, en voz muy baja,
y lamentaba haber olvidado el pan para los patos.
Todavía el mundo y la forma de las cosas
no se habían desprendido de la noche
y llevaban un velo ocultándoles el rostro.
A veces se escuchaba de muy lejos
el eco de semillas huecas rodando en medio de raíces,
el oleaje arrojándose contra la madera de los botes,
y el golpe de los remos como un tic tac que obedece a otro tiempo
donde, a pesar de la brisa, las hojas se tragan las ganas de caer.

En nosotros está la misma naturaleza, el mismo curso,
que el de los frutos que se pudren en la sombra.
A los paisajes no les está dado repetirse
porque somos muy débiles para merecer el don de lo perpetuo,
como esa flor que brillando en la superficie
se descompone en lo profundo,
o el nido de cigüeñas que se desarma en gajos por la lluvia.
Por eso guardamos aquella llave antigua,
aunque hace más de dos décadas haya sido su puerta derribada
y nos duele ver humear sobre la mesa el plato que pedimos
y hay una única canción que reservamos para ciertas horas.

Lo hemos sabido desde siempre,
pero sucede
que a veces jugamos
a creer.

CANCIÓN PARA EL INVIERNO

Alguna vez le pregunté a mi padre si los antiguos
tuvieron un dios para el dolor.

Pero mi padre no supo responderme.

Entonces talló en el sauce del camino un conjuro:
Solo en la tempestad está el vacío.

Luego levantó su hacha.

Pensó, por un instante, en cuántos bosques con ella había derribado,
cuántos milenios cedieron con su filo,
y la sintió liviana,
como si solo sus brazos, vacíos,
se alzaran en el aire.

EL PACTO

Érase una vez un hombre que pescaba en el estanque.
Su barca flotaba quedamente sostenida por los resplandores
hasta que una sacudida arrojó una sucesión de ondas,
la caña tembló combada por un peso misterioso
y se tensó la línea que descendía ocultándose en el agua.
El hombre tiró con tanta fuerza como pudo
hasta que vio colgando de la cuerda
un pez de cuarzo que agitaba la luz del mediodía.
Sorprendido volvió sus ojos a la superficie
y encontró en la imagen reflejada
un rostro que no era el suyo,
pero tan conocido como si después de todo pudiese ser él mismo.
Una voz surgió del fondo,
como si un ancla se levantara por sí misma,
y los labios le otorgaron al sonido movimiento,
el espejo hizo entonces un conjuro:
*Prométeme aquello que tras el molino yace,
a cambio de un tesoro mayor que criatura alguna haya conocido.*
El hombre pensó en aquel bello manzano,
su tronco hendido por una lanza de luz
hace ya tiempo arrojada en la tormenta
y cuyos frutos eran dulces,
a pesar de haber crecido a la sombra del molino.

Pero no tuvo el hombre que pronunciar palabra alguna
y las piezas del pacto estaban ya dispuestas.

Hay cosas que solo pueden ser desde el silencio.

Cuando tajó el vientre del pez con la cuchilla,
contempló alucinado las vísceras brotar,
convirtiéndose en monedas.

EL PUENTE

Hace mucho que los pájaros migraron,
tras ellos dejan para repetirse una nueva temporada,
como un brote que dejaron caer en los contornos de su vuelo
y germinó junto a los minerales de la sima.
Casas de papel vuelven a bajar con el curso del arroyo,
algunas se derrumban por el embate de las piedras,
o encuentran su fin asfixiadas por los troncos,
pocas llegarán al mar y dirán que hay alguien que espera todavía,
que en algún sitio las remolachas se ablandan en el agua
y las niñas hacen figuras con cordeles de colores.
Ahora vuelve el aroma de la arena madurándose en los lagos
y se funde con el aroma del ámbar que se deshace en las hogueras,
la sombra de un puente interminable parece que nos cubre
y volvemos a creer que solo seguimos aquí
porque los años han hecho de nosotros sus pilares.

LA VISITA

Un corcel atraviesa los umbrales de la casa.
Su pelaje es un lignito frío alumbrado por la luna
y de su paso lento crece un cardo rojizo
cuyo polen se alza inextinguible,
inflamando el aire
y las horas.

En la parte alta del cráneo,
permanecen las cuencas vacías donde habita la certeza
de que hubieron dos ojos
en los que el mundo habría de repetirse, una y otra vez,
como en un espejo lanzado a las llamas
que no alcanza a fragmentarse.

LA CIUDAD

Heme aquí, detenida en el centro, cegada por las luces.
Bien podría ser el sitio donde colgados boca abajo
les arrancan la piel a los conejos.

Todo parece sepultado por el ruido de la gente,
y la luz, nuevamente, como si brotara de cientos de ojos.
Y yo sigo de pie, inmóvil. Sin idea de cuál es el primer paso,
sin saber si tan siquiera debo dar un paso, a dónde, cuándo.
¿No es necesario acaso cierto ritmo también en el cuchillo
que penetra leve en la garganta
y luego en el arco carmesí
que si no fuese por el suelo podría prolongarse infinitamente,
y en el tirón con el que un cuerpo se convierte en un coágulo
que oscila con la precisión de un péndulo?

No lo sé. Me doy cuenta de que tampoco sé si todo esto verdaderamente ocurre.
Entonces pienso que alguna vez supe.
Alguna vez yo era la multitud y la música.
Alguna vez yo estuve todavía acurrucada en la madriguera,
a salvo del invierno,
y bebía con morosidad
el agua de las raíces.

Alguna vez,
pero ya no lo recuerdo.

BREVE PLEGARIA PARA LA LLUVIA

Una enredadera marchita viene desde el campo,
como cientos de serpientes de oro que brotan de la zarza.
A medida que avanzan, la luz retrocede hacia los montes
y el día se hunde como un pie en el polvo.

La estrella de la noche abre su ojo luminoso.

Desde los álamos desnudos,
un lobo blanco, poderoso como el miedo,
avanza sobre aquel sendero rubio
que con cada paso se estremece.

Solo entonces la primera gota se desprende
y cuando el animal adivina en su boca
el tacto de un capullo húmedo,
un vendaval furioso quebranta la oscuridad de los ramales,
aparta la argamasa de serpientes,
y el lobo se deshace
como una figura de ceniza.

EL BRAZALETE

El pato mandarín nada solo en el estanque.
Solo, aun junto a las ondas
y al arco de los juncos
y a las estrellas que, nunca fue más cierto,
iban creciendo en nuestras manos.
Pequeño pato mandarín,
solo como la bruma entre los saucos,
solo y eterno sobre el agua.
Tus alas y tus plumas se volvieron la penumbra
y por la mansedumbre de tus ojos
y sus lágrimas redondas y plateadas,
los hombres aprendieron que piedras preciosas brotaban de la tierra
y reconocieron en la soledad propicia de las cuevas
un pecho dispuesto al testimonio.

Pequeño pato mandarín, bajo tu cuello delgado
que se alarga como la sombra de los bosques,
bajo la red de venas
y la estructura perfecta de los huesos
y las costillas finas y dulces como ramas,
aun ahí tu corazón es una flor negrísima
que se cierra en sí misma
y encogiéndose dolorosamente
se vuelve una con la noche.

PARÁBOLA DE LA MUJER Y LA TORRE

El Mazandarán sopló su aliento sobre los hombres,
y el sol de la tarde alumbró en sus ojos
un campo de amapolas recién abiertas.
Ella vino desde la palpitación misteriosa de las constelaciones,
desde la omnipotencia del orden, en su retorno gris y decisivo,
y por eso, a pesar de su belleza,
vacía la encontró la palabra
el día que se derramó en su boca;
vacía la encontró la noche el día de su primer sueño,
donde un caballo de ámbar corría en un bosque de abedules;
y vacía la encontró el dolor,
cuando un coágulo germinó en la palma de su mano.
Apenas un deseo, solo uno, removía el círculo taciturno de su sangre.
Y cuando tuvo edad
y cerezas silvestres mancharon su vestido,
dejó todo hogar y toda lumbre,
colgó sus sandalias en la puerta de la casa
y se arrojó a los caminos, buscando la torre más alta de la tierra.
Pasó mucho tiempo hasta que la mujer encontró una atalaya umbría,
construida tan al borde de un risco
que parecía aferrada al abismo y no a la roca.
Diez años le tomó llegar a la última ventana de la torre,
y aferrada al portillo, se puso de rodillas
y llorando rogó a dios que cambiara sus dos ojos por estrellas.

Pero tan lejos se hallaba todavía de los cielos,
que no llegaban a los oídos de dios sus oraciones.

Tanta pena sintió la torre
que día con día construía peldaños con los cristales de su llanto
y cada estación encontraba a la mujer un poco más arriba.
Pero aun cuando dios la oyó gemir
y vio el reflejo turbio de la sal hundirse en sus mejillas,
por las mañanas volvía a guardar celosamente cada estrella.
Pasaron muchos años y la mujer siguió llorando,
el círculo de los inviernos apartó de su rostro la belleza,
sus dedos y su cabello se secaron
y la torre siguió alzándose,
cortando el fuego de la tarde,

dividiendo la violencia en la tormenta.

Al norte, una luna de piedra se yergue en las montañas,
de sus ventanas surge la cadencia dolorosa de un salmo,
y el cielo vibra, intacto,
con todas sus estrellas.

FÁBULA DE LA GOTA Y LA PIEDRA

Afuera tus soldados están sedientos de victoria,
y densas nubes dejan su rastro sobre las tiendas de campaña.

Aquí las hojas de los abedules son espejos,
esquirlas donde el sol estalla nuevamente.
Los nenúfares enfermos se hunden, uno a uno, en el agua,
y en el patio la carne salada cuelga y se mueve con el viento,
como la bandera de un país que creció detrás de las montañas,
donde la piedra cede con el peso de la lluvia.

Ahora también he olvidado el nombre que le diste a las violetas
para que pudieran responder a mi llamado
en lo más hondo de los sueños.
A veces creo que he vuelto a recordarlo,
pero es solo el paso leve de los zorros
que cruzan en medio de la huerta.

SUEÑO DENTRO DE OTRO SUEÑO

Hay un corazón que cuelga en el centro de la sala.
Algunos dicen que son gotas de luz
las que van tejiendo una cuerda hasta los límites del suelo
y otros solo ven la vulgar herrumbre de la sangre
que va oxidándose en su curso.
No es el aire, dicen unos.
Tiene que ser lo terrible de su peso.
Entonces dos mujeres limpian las palabras
que se han escrito en los bordes de la mesa.
El agua oscura se levanta desde el paño hasta sus dedos
como esas criaturas que viven en la arena
y que abren sus bocas a la vida,
recordándonos que todo lo valioso
es un espasmo.

Los presentes cierran sus puños y comparan,
pensando: *podría ser el mío,*
y se mueve.
Se mueve, como una isla que flota sola
y crece o disminuye a voluntad de la marea
y hay en él cierto fuego, todavía,
como si debajo del músculo hubiese una semilla
para la que no existe tierra fértil
o estación lo suficientemente hermosa
para ser incapaz de repetirse.

Late y sangra en el vacío.
No hay a quien bombear toda esa sangre.

CAMINO ROMÁN

ACCIDENTE



ADONÁIS

656
EDICIONES RIALE, S. A.
Madrid

Accidente

Román Álvarez, Camino

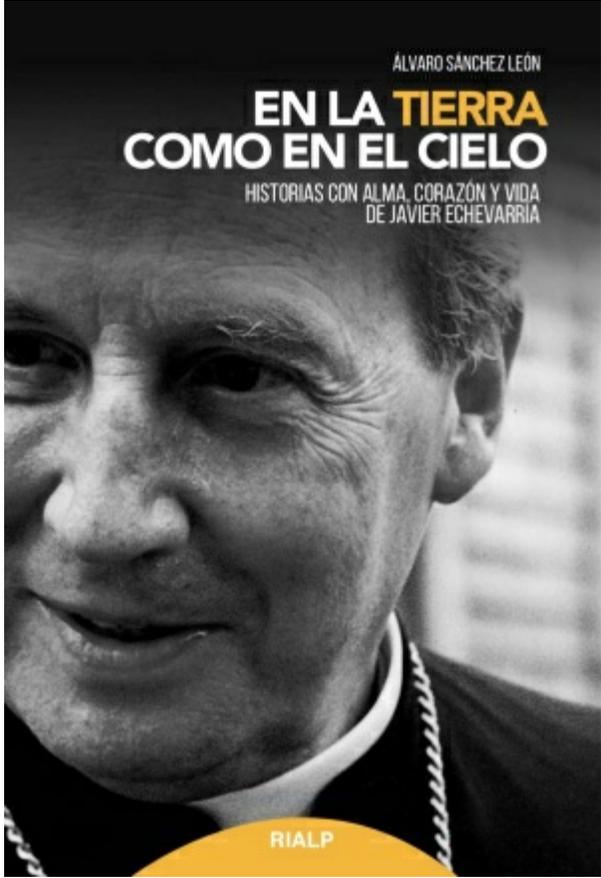
9788432147852

64 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Accésit del Premio Adonáis 2016 "por el encanto de unos poemas en los que destacan la frescura de su imaginería y la gracia de sus intuiciones".Efectivamente, a través de un lenguaje cargado de cotidianidad, ocurrente, ingenuo, a veces inesperado y caótico, la autora expresa su modo de involucrarse en el mundo, ligándose así a una variada tradición de poetas que van desde Wislawa Szymborska hasta Mark Strand, Charles Simic, Anne Carson o Gloria Fuertes. A primera vista, el libro no parece hablar más que de asuntos y objetos triviales, recurrentes, sin orden ni concierto, pero en una lectura de más calado, el lector descubre que, en realidad, ahonda en cuestiones de viva actualidad en la sociedad contemporánea, como la soledad, el desamor, la incomunicación o la melancolía, a la vez que revela algunas implicaciones negativas que conlleva el uso del móvil y del ordenador en las relaciones humanas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro

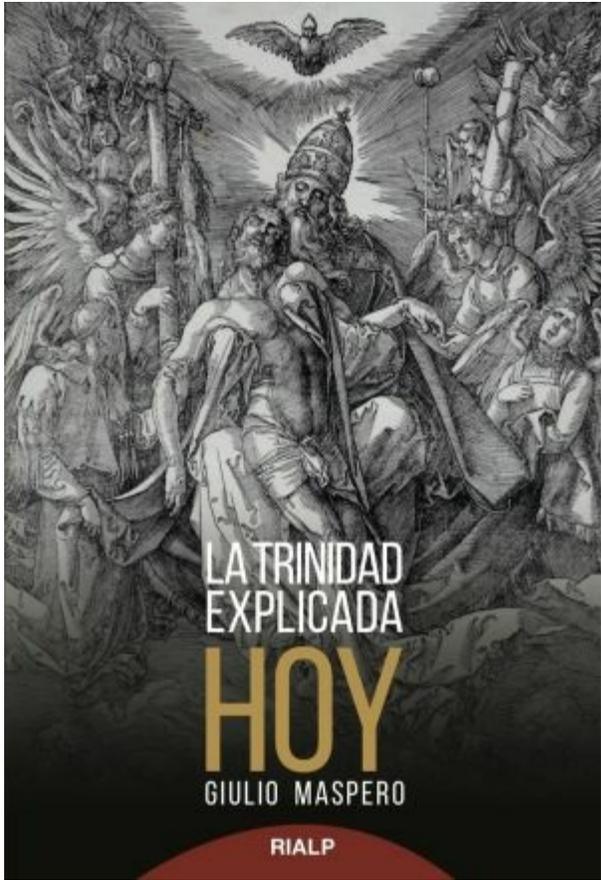
9788432149511

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón. Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía... Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La Trinidad explicada hoy

Maspero, Giulio

9788432148873

118 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Conocer a Dios, asomarse a su intimidad, encamina derechamente al hombre hacia un misterio sublime, el más importante del dogma cristiano: Dios es uno y trino, tres personas en un solo Dios. El hombre, durante siglos, ha entrado de puntillas a analizar este misterio, mediante la piedad y la teología, de la mano de lo revelado por el mismo Dios. Maspero ofrece aquí un valioso recorrido por la historia del dogma trinitario, vértice de toda la doctrina cristiana, que ayuda, en definitiva, a conocer la propia dignidad del ser humano.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



SI TÚ ME DICES “VEN”

UNA VISIÓN CRISTIANA DEL ÉXITO EN EL AMOR

Stéphane Seminckx

RIALP

Si tú me dices 'ven'

Seminckx, Stéphane

9788432149276

128 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Si tú me dices "ven", lo dejo todo. Eso dice la canción, y eso sigue repitiendo el corazón humano, cada vez que se enamora: promete dejarlo todo, para siempre, y ser fiel en la salud y en la enfermedad... "hasta que la muerte nos separe". Pero hoy, ¿sigue siendo válido este mensaje? Muchos ven el ideal de formar una familia y mantenerse fiel hasta la muerte como un sueño ingenuo. Hace ahora 50 años, Pablo VI escribió un documento profético sobre el amor conyugal, la encíclica *Humanae vitae* que, junto a lo escrito por los últimos Papas, ofrece el mejor mapa para que ese sueño se convierta en realidad. Seminckx lo analiza con detalle, de modo breve y directo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Naturaleza creativa

Novo, Javier

9788432149177

196 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

No terminamos de sentirnos completamente a gusto en este cosmos, ya que no nos resulta fácil reconocer la verdad que se esconde tras él, si es que hay alguna. Nuestra alianza con la Naturaleza parece rota. Quizá pueda reconstruirse, pero es claro que hay piezas que no encajan. Los autores investigan: cuando entramos en contacto con la Naturaleza, pronto entendemos que es posible dialogar con ella, para entender nuestro lugar en el cosmos, y quiénes somos realmente. Pero hay una oscuridad que oculta la verdad sobre nuestro universo, que ha sido la preocupación de científicos, artistas y filósofos de todos los tiempos. ¿Hasta dónde alcanzas sus certezas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

I	6
La doncella sin manos	7
Aparición de Nix en el bosque	9
Conversación con dama que recoge setas en el bosque	10
Historia del marinero varado en la montaña	12
La plaza	13
La partida	14
Coordenada	15
La barca	16
Retrato de la costa	17
La caravana	18
El llamado	19
A propósito de la derrota	20
El asedio	22
Certeza	23
II	24
El antifaz	25
Carta en la distancia	26
Breve plegaria contra el olvido	27
El faro	28
Carta hacia el frente	29
Canción para el invierno	30
El Pacto	31
El puente	32
La visita	33
La ciudad	34
Breve plegaria para la lluvia	35
El brazalete	36
Parábola de la mujer y la torre	37
Fábula de la gota y la piedra	39
Sueño dentro de otro sueño	40